

Ofrenda DE UNA VIDA SALVAR OTRA

Por CHAVITO



Juan León, «Leoncillo», caído en el suelo, se hace el quite con tranquilidad y sosiego. (De un grabado de La Lidia, 1884.)

En ninguna profesión ni en ninguna actividad más que en la taurina existe el quite, hecho meritorio y de audacia, en el que un torero, por salvar la existencia de otro que se encuentra en peligro, se juega la vida en un alarde de temerario arrojo.

Toreros enemistados, toreros rivales, toreros que mantienen eterna lucha artística, enconada y fiera cuando llega el momento, cuando uno de ellos es cogido por un toro, el rival, el enemistado, olvida todo en ese instante y se lanza sobre la res, y exponiéndose a una cornada, quizá a la muerte, salva al otro torero haciéndole el quite, llevándose al astado, bien con el engaño, bien a cuerpo limpio o incluso agarrándose a los pitones del toro.

El torero, el valiente y el que no lo parece, sabe en el peligro que se encuentra

al hallarse ante la cara de los astados, y la seguridad y el convencimiento de ese peligro le hace, sin duda, exponerse a él cuando un compañero está a merced de los pitones de los toros.

Cuando una res persigue de cerca a un torero y está a punto de alcanzarle, surge otro diestro que, interponiéndose o lanzando el capote, o simplemente llamando la atención al toro, le hace parar, lo distrae o le obliga a cambiar su trayectoria y a iniciar una embestida sobre el que ha hecho el quite.

Los toreros suelen colocarse en el ruedo en aquellos lugares, en aquellos sitios donde creen que puede ser útil su presencia en caso de peligro para otro torero.

Ha habido y hay quites de verdadera exposición para el que lo hace, y he visto casos en los que un torero, por evitar la cogida de un compañero, ha sido alcanzado y herido.

Han existido toreros que han hecho célebre su colocación en el ruedo, su sabiduría para situarse en aquel lugar donde su presencia pudiera ser útil y necesaria en momentos de peligro.

Esto no quiere decir que tan sólo los que sepan colocarse pueden llevar a cabo los quites. No. Cuando un torero está en peligro de sufrir una cogida, todos los toreros, absolutamente todos, acuden en su auxilio haciéndole el quite, evitando con la ofrenda de su vida la desgracia que puede sobrevenirle a otra.

También en los quites, sobre todo en los de los picadores, intervienen muchas, muchísimas veces los monosabios.

Quisiera en estas líneas narrar quites notables y sensacionales.

Muchos he visto hacer, algunos he leído, y de entre aquéllos y éstos entresacaré los que más puedan agradar a las lectoras y lectores de «Y»,

la gran revista para la mujer. De Pedro Romero, el famosísimo torero de Ronda, se cuenta el siguiente quite:

Un toro de aquellos que se lidiaban entonces derribó al picador apellidado Carmona. El astado, lanzándose sobre los caídos, de un brutal derrote levantó al caballo, que emprendió rápida carrera.

En el ruedo quedó a merced del toraco el varilarguero.

Pedro Romero, diestro de grandes facultades físicas, de un salto se acercó al lugar del peligro, quedando entre él y el toro el picador.

Al ver que el bicho se arrancaba sobre Carmona, Romero se pasó el capote a la mano izquierda y con la derecha empujó al picador, medio incorporado, que



La cogida ha sobrevenido, pero las cuadrillas sujetan al toro, caído en su envite, para que no vuelva sobre el herido.

El espada ha sido derribado, pero el peón le hace el quite.

